

Estrategias de inteligibilidad y donación de sentido

Fronteras entre racionalidad teórica y racionalidad práctica

Strategies of Intelligibility and Giving Meaning:
Limits between Theoretical and Practical Rationality

Manuel OROZCO PÉREZ

Universidad Carlos III de Madrid/
Westfälische Wilhelms-Universität Münster

orozcoperezmanuel@gmail.com

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.10.015>

Recibido: 28/11/2013
Aprobado: 17/09/2015

Resumen:

En este trabajo se abordan dos problemas fundamentales que han vertebrado buena parte de la historia de la filosofía: por un lado, las estrategias de inteligibilidad ante lo desconocido e ingobernable; y, por otro lado, el problema de la donación de sentido. Ambos temas se abordan a partir de los análisis de Max Weber sobre la racionalidad moderna. La apuesta metodológica será la del propio Weber: los tipos ideales. Se procederá estableciendo parámetros y criterios en (y partir de) su obra que no tienen por qué darse en la realidad como tales, pero que servirán para tratar la problemática que aquí se plantea.

Palabras clave: Max Weber, racionalización, desmitificación, acción, valores

Abstract:

In this paper we address two fundamental problems running through the history of philosophy: the strategies regarding the intelligibility of the unknown and ungovernable, and the problem of giving meaning. We approach these two issues using Max Weber's analysis of modern rationality. Our methodological approach will be Weber's own, based on his ideal types. We will proceed by setting parameters and criteria in (and from) his work that may not reflect reality as such, but will serve to address the problems that concern us here.

Keywords: Max Weber, rationalization, demystification, action, values

Consideraciones preliminares

En un primer acercamiento al concepto de racionalidad, podemos percatarnos de que dicho concepto forma parte de, al menos, dos ámbitos diferentes de la realidad: el teórico y el práctico. En efecto, la racionalidad pertenece tanto al mundo del pensamiento como al de la acción. No obstante, podemos establecer de entrada un elemento común que comparten los dos modelos de racionalidad, a saber: su potencial de dominio de la realidad. "Si ese dominio es pretendido por vía intelectual, mediante la estructuración formal de sistemas simbólicos interpretativos del mundo en su totalidad, esto es, mediante la construcción de saberes y creencias, entonces hay que hablar de "racionalidad teórica; si el dominio de la realidad es intentado a través de la acción, entonces nos referimos a los criterios conforme a los cuales el individuo decide y actúa en su entorno, esto es, a la racionalidad práctica"¹

La racionalidad teórica nos permite sistematizar la multiplicidad de elementos en la realidad, dando lugar a estrategias de inteligibilidad ante lo desconocido. La racionalidad práctica, por su parte, nos permite crear modelos de acción que nos ayudan, mediante el establecimiento de pautas, a gobernar lo incontrolable de las acciones. Naturalmente, ambos tipos de racionalidad están estrechamente relacionados entre sí, pues una determinada forma de concebir la realidad nos lleva a introducir cambios en nuestro modo de actuar; y viceversa: cambios en nuestro modo de actuar pueden hacernos ver que los presupuestos teóricos sobre los que se fundamentaban nuestras acciones no eran los adecuados.

El presente trabajo se divide en cuatro apartados. El primero está dedicado a la racionalidad teórica. En él se presenta una caracterización del proceso de racionalización occidental como un proceso de dominación cuyo fundamento es crear estrategias de inteligibilidad que eliminen el miedo ante lo desconocido. El segundo se centra en la racionalidad práctica tomando la falacia naturalista como punto de partida. En el tercer apartado se tematiza la racionalidad práctica en relación al problema de la donación de sentido, haciendo uso de la propuesta de Odo Marquard sobre la ontología indirecta del sentido. El cuarto y último apartado corresponde a la conclusión.

¹ RUANO DE LA FUENTE, Yolanda, *Racionalidad y conciencia trágica. La Modernidad según Max Weber*. Trotta, Madrid, 1996, p. 62.

1. Racionalidad teórica: racionalización como desmitificación (*Entzauberung*)

Analizar la relación entre proceso de racionalización y proceso de modernización de la sociedad es una de las tareas fundamentales de la obra de Max Weber. Esto muestra, en buena medida, la impronta ilustrada en su pensamiento. Ahora bien, este proceso de racionalización y modernización -proceso que fue concebido por el optimismo ilustrado como una utopía cuyo *nervus rerum* ofrecía elementos emancipatorios para la humanidad, y cuya realización estaba próxima- posee, para Weber, un carácter claramente distópico: el ser humano pretende emanciparse y salir de su *autoculpable minoría de edad*, eliminando la irracionalidad (afectos, sentimientos y, en general, todo aquello que no se deja someter a norma) mediante una reglamentación del *mundo-de-la-vida* cada vez mayor que le conduce a su propia reificación. Del imparable proceso de racionalización no se salva ninguna esfera, ni siquiera la de la subjetividad. Al igual que Odiseo pidió a sus compañeros que le ataran al mástil y les tapó los oídos con cera para no sucumbir a los cantos de las sirenas,² el sujeto moderno crea estrategias de inteligibilidad para no perturbar la estabilidad emocional que le podría conducir a la consecución de los fines (auto-) impuestos. Aquí se muestra la dificultad que tiene el hombre moderno de (con-) vivir con la incertidumbre para sacar sus proyectos adelante.

La eliminación total de esta irracionalidad es imposible, pues la incertidumbre es un elemento que acompaña a la existencia humana. El núcleo del problema está en que, dado que la seguridad total sobre uno mismo y sobre los demás es una ilusión, el ser humano se aferra a estructuras que él mismo crea y que le conducen a un estilo de vida esclavizante a cambio de una leve y pasajera sensación de estabilidad y certeza. Y es que, en una sociedad con exigencias tan altas como la de nuestros días, la incertidumbre debe ser eliminada, pues ésta genera ingobernabilidad y la ingobernabilidad supone pérdida de poder y, por ende, falta de control y de dominio sobre los demás y sobre uno mismo.

Tal proceso de racionalización tiene, sin embargo, cierto carácter emancipador del que carece el proyecto de otros autores que intentaron complementar los análisis weberianos sobre la racionalidad occidental con el marxismo, como es el caso de Adorno y Horkheimer. Los dos miembros más representativos de la primera generación de la Escuela de Fráncfort presentan un diagnóstico de la razón ilustrada de impronta weberiana (aunque sin reconocerlo explícitamente) en su *Dialéctica de la Ilustración*. Acerquémonos un momento a esta obra. El objetivo de la Ilustración es, según ambos autores, conducir al hombre al reino de la libertad. Formar a hombres libres es su tarea. Para formar a hombres libres, éstos deben perder el miedo que sienten ante lo desconocido. “La Ilustración [...] ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores.”³ Para ello la Ilustración tiene su propio método: desmitificar el mundo.

Tanto Horkheimer como Adorno sostienen que la razón ilustrada está configurada por el dominio ya desde sus orígenes. De ahí la doble tesis: el mito es ya ilustración, la ilustración recae en mitología. El dominio se ejerce especialmente sobre la naturaleza. Esta razón quiere ilustrar al hombre eliminando todo misterio, incluso todo deseo de misterio de la naturaleza.

² HOMERO, *Odisea*, libro XII, Gredos, Madrid, 2005.

³ HORKHEIMER, M. Y ADORNO, T. W., *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid Trotta, 2009, p. 59.

La Ilustración opera según el principio de identidad: no soporta lo diferente y desconocido [...]. La Ilustración se relaciona con las cosas «como el dictador con los hombres»: las conoce en la medida en que puede manipularlas, someterlas. En este proceso, la «mímesis» es desplazada por el dominio, que ahora se convierte en «principio de todas las relaciones».⁴

Los misterios de la naturaleza se *iluminan* con la razón, conduciendo así al socavamiento de los principios del mundo mitificado. Esta desmitificación del mundo se basa en el dominio de la naturaleza con ayuda de la razón: todo aquello que quede fuera de los dominios de ésta es sospechoso. “Nada absolutamente debe existir fuera, pues la sola idea de exterior es genuina del temor.”⁵ El medio que tiene la razón para avanzar en la desmitificación del mundo, basada en el dominio de la naturaleza, es un nuevo tipo de saber racional: el saber científico-técnico.⁶ El saber científico-técnico es un instrumento de defensa contra el oscurantismo del saber mitológico. Hay que acabar con todo misterio; más aún, es necesario eliminar todo deseo de revelación de misterios.⁷ “El desencantamiento del mundo es la liquidación del animismo.”⁸ Lo que entre otras cosas pretenden mostrarnos Adorno y Horkheimer es que todo aquello que quede fuera de los dominios del saber científico-técnico es considerado una amenaza. “El hombre cree estar libre del terror cuando ya no existe nada desconocido.”⁹

Weber, por su parte, al no reducir el concepto moderno de racionalidad a la racionalidad instrumental, deja espacio abierto para introducir cierto carácter normativo. No hay que olvidar que Weber era un ilustrado desencantado del mundo, pero ilustrado al fin y al cabo. Esto explica en cierta medida la obsesión de este autor por otorgar a los individuos un carácter racional, sea éste del tipo que sea, sin conducirnos al callejón sin salida al que llegaron Horkheimer y Adorno: si la razón no puede legitimar un discurso normativo porque desde sus inicios está constituida por el dominio, la legitimación de la acción, especialmente de la acción política, quedará desacreditada desde un primer momento. Esta posición es caldo de cultivo para el escepticismo político, pues no parece coherente que una razón dominante establezca normas en el ámbito del deber ser. Desde el planteamiento weberiano, este escepticismo se salva gracias a su reiterativo alegato de una ética de la responsabilidad.¹⁰

⁴ SÁNCHEZ, J. J., “Introducción”. En: HORKHEIMER, M. Y ADORNO, T. W., *Dialéctica de la Ilustración*, op. cit., p.12.

⁵ HORKHEIMER, M. Y ADORNO, T. W., *Dialéctica de la Ilustración*, op. cit., p. 70.

⁶ En este punto nos parece oportuno traer a colación la observación de Gadamer que ayudaría a matizar y relativizar la posición un tanto unidimensional de la racionalidad instrumental que presentan Horkheimer y Adorno: “No es una exageración afirmar que, más que el progreso en la ciencias naturales, es la racionalización de su aplicación técnico-económica lo que ha originado la nueva fase de la revolución industrial en la que nos encontramos. Creo que no es el insospechado incremento en el dominio de la naturaleza, sino el desarrollo de métodos de control científicos para la vida de la sociedad lo que marca el rostro de nuestra época.” En: *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1998, p. 153.

⁷ LÖWITZ, Karl, “Die Entzauberung der Welt durch Wissenschaft. Zu Max Webers 100. Geburtstag“, *Merkur. Deutsche Zeitschrift für europäisches Denken*. Vol. XVIII, Stuttgart, Klett-Cotta, 1964, pp. 501-519. Aquí: p. 505.

⁸ HORKHEIMER, M. Y ADORNO, T. W., *Dialéctica de la Ilustración*, op. cit., p. 61.

⁹ *Ibid*, p. 70.

¹⁰ Weber se ocupa de la distinción entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad en la conferencia pronunciada en Munich en 1919 y publicada ese mismo año, tras una notable reelaboración, bajo el título *Politik als Beruf*. La diferencia fundamental entre los dos tipos de ética es que la ética de la convicción motiva al individuo a postular ciertos principios con carácter absoluto que van a orientar sus acciones hacia la realización incondicional de determinados valores. Frente a la ética de la convicción, se encuentra la ética de la responsabilidad, una ética basada en el cálculo y la evaluación de las consecuencias que podrían derivarse de nuestras propias acciones. En el texto se defiende este último modelo de ética como la propia de todo aquel que

Tras este planteamiento, podemos concretar ya un poco más el sentido del término *racional* en el plano teórico. Diremos que, en un principio, *racional* connota *desmitificado*. Y en este mismo sentido, *racionalización* connotaría *desmitificación*, entendida como la acción y el proceso de desmitificar. Recordemos aquello que sostienen Adorno y Horkheimer en su diagnóstico de la razón ilustrada: no es suficiente con acabar con todo misterio, sino que se debe eliminar todo deseo de revelación de misterios. Desde esta perspectiva, el sujeto moderno no es un ser desmitificado, ni siquiera que desmitifica, sino un ser que ha perdido el deseo de mitificación.

2. La racionalidad práctica (1): el deslizamiento del *es* al *debe*

Max Weber no se encuentra lejos de la posición que sostiene Hume en el *Tratado sobre la naturaleza humana*, concretamente en la descripción de la falacia naturalista, un *locus classicus* en la historia de la filosofía y que, seguramente por ser clásico, nunca deja de ser actual: “No puedo dejar de añadir a estos razonamientos una observación que puede resultar de alguna importancia. En todo sistema moral de que haya tenido noticia hasta ahora, he podido siempre observar que el autor sigue durante cierto tiempo el modo de hablar ordinario, estableciendo la existencia de Dios o realizando observaciones sobre los quehaceres humanos, y, de pronto, me encuentro con la sorpresa de que en vez de las cópulas habituales *-es y no es-*, no veo más que proposiciones que están conectadas con un *debe* o un *no debe*.”¹¹

Hume advierte que no podemos deducir enunciados valorativos a partir de premisas de carácter lógico o empírico. Dicho de otro modo, a partir de enunciados de hechos no podemos derivar conclusiones morales. La razón no puede, en última instancia, justificar juicios de valor. Weber, por su parte, no pasa por alto el carácter irracional de los valores, irracional en el sentido de que no es posible fundamentarlos científicamente. El sociólogo alemán nos pone alerta ante aquellos enunciados que quieren hacer pasar por científicas posiciones de valor propias, otorgándoles una validez *objetiva* de la que carecen.

Pero Weber va más allá que Hume. No se queda en el ámbito de la moral, sino que se adentra en el terreno de la política. Es necesario señalar que Weber no resta importancia a los valores en la investigación científica. “No pretende más que limitar el sentido de la ciencia a su función de instrumento clarificador de la decisión práctica, decisión que sólo al individuo abandonado a sí mismo le compete.”¹² En efecto, Weber nos advierte del carácter legitimador de posiciones ideológicas que la ciencia puede tener al catalogar como objetivas posiciones que son, en definitiva, adhesiones personales a cosmovisiones particulares, derivando así de las investigaciones sobre el mundo el sentido de éste. Hume asumía que de la investigación sobre *los quehaceres humanos* no puede derivarse un *debe* o *no debe*. Weber lo expresa a su manera, centrándose en la problemática del sentido. A este respecto señala que “el destino de una civilización que ha probado del árbol de la sabiduría es tener que saber que no podemos deducir el sentido del mundo desde los resultados de la investigación del mundo, por muy completa que ésta fuera.”¹³ A pesar de estas palabras, Weber no duda, en tanto que teórico social, en posicionarse ante cuestiones que forman

decida dedicarse a la política, ya sea por *profesión*, ya sea por *vocación*, pues con ambos sentidos juega Weber en el término *Beruf*.

¹¹ HUME, David, *Tratado de la naturaleza humana*. Vol. II, Madrid Editora Nacional, 1981, p. 689.

¹² RUANO DE LA FUENTE, Yolanda, *Racionalidad y conciencia trágica. La Modernidad según Max Weber*, op. cit., p. 35.

¹³ WEBER, Max, *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid, Alianza, 2009, p. 79.

parte del ámbito del deber ser. ¿Con qué criterio puede Weber aceptar, por un lado, la falacia naturalista mientras que, por otro lado, no duda en tomar posición en controversias políticas? Recordemos que el texto desarrollado a partir de la conferencia *La política como vocación* fue redactado tras la semana roja de la revolución espartaquista (5 – 12 enero de 1919)¹⁴ y está claramente marcado por este acontecimiento. ¿Hay entonces un doble discurso en la propuesta weberiana? La respuesta a estas preguntas es una y la misma, y se encuentra en las líneas que siguen a la cita que acabamos de ofrecer. El autor advierte que por muy completa que sea la interpretación del mundo jamás podremos deducir de aquélla el sentido de éste, sino que, por el contrario “Debemos ser capaces de crearlo [el sentido] por nosotros mismos; y [saber] que las «concepciones del mundo» nunca pueden ser el resultado de un conocimiento empírico progresivo, y, por tanto, que los ideales supremos que más nos conmueven siempre actúan en lucha con otros ideales, que son tan sagrados como los nuestros.”¹⁵

La decisión sobre qué ideales supremos elige el individuo como valores que guiarán el rumbo de su vida deberá ser tomada en la acción, en la práctica y de manera autónoma. El científico¹⁶ no puede más que mostrar que si se adoptan determinados principios regulativos de la acción, habrá que servirse de los medios correspondientes para llevarlos a cabo en la práctica. Esto sería, en definitiva, hacer consciente al individuo de las consecuencias que pueden derivarse de las acciones. Weber acepta incluso que “podemos obligar al individuo a que, por sí mismo, se dé cuenta del sentido último de las propias acciones.”¹⁷ Pero el dar sentido a ciertos valores y a ciertos ideales no es competencia del científico.

3. Racionalidad práctica (2): el problema de la donación de sentido

El sujeto moderno, según el diagnóstico de la modernidad que desarrolla Weber, es, en última instancia, aquel a quien el mundo *se le presenta* como carente de sentido debido a la progresiva racionalización científico-técnica.¹⁸ Y es que, en realidad, *el mundo no tiene sentido*, es decir, no encontramos sentido en el mundo del mismo modo que podríamos encontrar naranjas en un naranjo. El sentido se encuentra en la *acción* que el hombre dirige *hacia* el mundo que le rodea. Ciertamente Weber forma parte de la tendencia moderna de la experiencia de la carencia de sentido; sin embargo, esta falta de sentido no le conduce al lamento ni a un elogio de tiempos pasados.

El sentido lo crea el sujeto a través de la acción. Si se nos permite, utilizaremos la metáfora del lienzo vacío y las pinceladas de color para exponer la argumentación del planteamiento weberiano sobre el sinsentido del mundo. El mundo sería como el lienzo vacío para el espectador, no hay nada sobre él que nos permita captar un sentido; si tuviera alguno, sería la pura materialidad, el mero hecho de *ser* lienzo. Los momentos de sentido, en ese sinsentido que representa el lienzo vacío, son las pinceladas de color que sobre él el artista impregna. Lo relevante y lo que interesa retener de esta metáfora es que el sentido existente en ese sinsentido global proviene de la acción humana. Los momentos de sentido

¹⁴ Cf. Álvarez-Uría, Fernando/Varela, Julia, “Genealogía de la subjetividad capitalista”, *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid, Ediciones Morata, 2004, pp. 236-269. Aquí p. 267.

¹⁵ WEBER, Max, *La “objetividad” del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, op. cit., pp. 79-80.

¹⁶ El término “científico” no queda aquí reducido a las ciencias naturales, sino que tiene un sentido mucho más amplio, abarcando así también a las ciencias humanas y de la cultura.

¹⁷ WEBER, Max, “La ciencia como vocación”, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 2009, p. 225.

¹⁸ LÖWITZ, Karl, “Die Entzauberung der Welt durch Wissenschaft. Zu Max Webers 100. Geburtstag“, *Merkur. Deutsche Zeitschrift für europäisches Denken*. Vol. XVIII, op. cit., p. 517.

serían pinceladas de color sobre un lienzo totalmente neutro. De ahí se sigue que, propiamente, no se debería hablar de *sentido* en tanto que concepto que poseyera un referente externo al que uno puede acceder cuando le plazca, sino de *momentos de sentido*.

Estos momentos de sentidos es aquello que Odo Marquard entiende por *carácter indirecto del sentido*. Marquard nos dice que aquel sentido que hay que dejar por mor del sentido es la intención directa de sentido.¹⁹ “Ningún ser humano accede inmediatamente al sentido; los seres humanos siempre acceden al sentido sólo a través de mediaciones: dando un rodeo a través de determinadas costumbres y tareas.”²⁰ El sentido está entonces en la acción del sujeto involucrado en una tarea. Interesante a este respecto es el ejemplo que nos ofrece Marquard de aquél que va a comprar fruta y no quiere ni los plátanos ni las naranjas ni las manzanas que le ofrece el frutero, sino que quiere Fruta. El problema, señala Marquard, es que nosotros *sólo* tenemos acceso a la Fruta a través de las manzanas, las naranjas y los plátanos. Igual ocurre con el Sentido. En momentos difíciles se nos ofrece una lectura interesante, pero nosotros no queremos lectura, queremos Sentido; se nos sugiere aprender a tocar un instrumento musical, pero no queremos aprender a tocar un instrumento, queremos Sentido; se nos propone cambiar de trabajo, pero no queremos otro trabajo, sino que queremos Sentido. Con el Sentido nos encontramos ante la misma situación que con la Fruta: no tenemos un acceso directo, probablemente porque no existe.

No hay un sentido fuera de nuestras acciones, el sentido no está *ahí fuera*, en una *realidad externa*, esperando a que nos lo apropiemos, sino que se encuentra en la acción del sujeto. El ser humano es un ser necesitado de sentido e interpretación, y, al mismo tiempo, es un ser donador de interpretación y sentido.²¹ Él mismo está en condiciones de crear el sentido para compensar esta constitutiva carencia de la imagen moderna del mundo.

4. Conclusión

Racionalidad no es un concepto unívoco, sino que se haya imbricado en diferentes ámbitos de la realidad. Por un lado, encontramos una dimensión teórica de la racionalidad, cuya característica fundamental es someter a norma todo aquello que se presenta como diferente, desconocido y, por ello, ingobernable. Esto no es propio únicamente de la razón ilustrada, sino también de aquella racionalidad que apuesta por el mito como explicación de la realidad. Tanto la una como la otra son estrategias de inteligibilidad de aquello que nos es desconocido.

Por otro lado, hallamos también una dimensión práctica de la racionalidad que nos permite crear modelos que nos ayudan a gobernar lo incontrolable de las acciones. La cercanía (y la distancia) de Max Weber con la falacia naturalista muestra que el hecho de relegar los valores al ámbito de lo irracional, entendiendo por irracional los sentimientos, pasiones y, en general, todo aquello que no se deja someter a norma, es una estrategia de inteligibilidad para tenerlos bajo control. Y es que asumir que lo irracional es aquello que no se deja dominar es ya un modo de dominarlo.

Por otro lado, la defensa de un sentido inmanente a cada una de nuestras acciones es la respuesta a la tendencia *moderna* de la experiencia de la carencia de sentido. Comprobamos así que, a pesar de movernos en dos dimensiones diferentes de la racionalidad, la teórica y la práctica, hay algo que es común a ambas: la tendencia al dominio. Dominio de la

¹⁹ MARQUARD, Odo, *Apología de lo contingente*, Valencia Alfons el Magnanim, 2000, p. 58.

²⁰ *Ibid.*, p. 60.

²¹ SCHLUCHTER, Wolfgang, *Die Entwicklung des okzidentalen Rationalismus*, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1979, p. 39.

naturaleza mediante modelos teóricos de inteligibilidad, dominio de la acción mediante estrategias prácticas de inteligibilidad.

Ilustración no es, sin embargo, únicamente la época del desencantamiento del mundo y de la experiencia de la carencia de sentido, sino también, y sobre todo, la era de la emancipación, de la secularización y de la crítica.

Bibliografía:

ÁLVAREZ-URIA, Fernando/VARELA, Julia, *Sociología, capitalismo y democracia*, Madrid, Ediciones Morata, 2004.

GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca Sígueme, 1998.

HOMERO, *Odisea*, Madrid Gredos, 2005.

HORKHEIMER, M. Y ADORNO, T. W., *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 2009.

HUME, David, *Tratado de la naturaleza humana*. Vol. II, Madrid, Editora Nacional, 1981.

LÖWITH, Karl, "Die Entzauberung der Welt durch Wissenschaft. Zu Max Webers 100. Geburtstag", *Merkur. Deutsche Zeitschrift für europäisches Denken*. Vol. XVIII, Stuttgart, Klett-Cotta, 1964, pp. 501-519.

MARQUARD, Odo, *Apología de lo contingente*, Valencia, Alfons el Magnanim, 2000.

RUANO DE LA FUENTE, Yolanda, *Racionalidad y conciencia trágica. La Modernidad según Max Weber*, Madrid, Trotta, 1996.

SCHLUCHTER, Wolfgang, *Die Entwicklung des okzidentalen Rationalismus*, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), 1979.

WEBER, Max, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 2009.

WEBER, Max, *La "objetividad" del conocimiento en la ciencia social y en la política social*, Madrid, Alianza, 2009.

WEBER, Max, *Por qué no se deben hacer juicios de valor en la sociología y en la economía*, Madrid, Alianza, 2010.